

**EL HOMBRE
DE LA GASOLINERA**

**Francisco Javier
Sánchez Manzano**

**EL HOMBRE
DE LA GASOLINERA**


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, septiembre 2017

© Francisco Javier Sánchez Manzano, 2017

© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Lidia Costas Fernández

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1129-2017

ISBN: 978-84-17042-24-0

Impreso en España · Printed in Spain

Si bien parte de este libro está basado en un ataque terrorista ocurrido el 21 de agosto de 2015, es necesario aclarar que tanto las situaciones descritas en la novela como sus personajes y el comportamiento de éstos son únicamente fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

A Lucas, por encontrar la cabina y encontrarme a mí.

«Escribir es recordar algo que nunca ha pasado».

SIRI HUSTVEDT

«Lo que embellece al desierto es que en alguna parte esconde un pozo de agua».

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

Quizá en esta gasolinera perdida en mitad de ninguna parte haya encontrado mi hogar. En el pasado viví mil vidas falsas y mil veces quise empezar una vida verdadera. No lo conseguí. Evité alzar la cabeza frente al espejo y enfrentarme a los demonios que dominaban mi voluntad. Hasta que una noche sucedió algo: la mera contemplación de un gesto hermoso. Un abrazo, una caricia en silencio. Eso precipitó mi caída y engulló mis emociones. Transcurrieron escasos segundos dentro de mí; varios minutos fuera. ¡Pero cómo resistirse a ese cosquilleo hipnótico y embriagador! Los demás se marcharon y yo me quedé. Entraron en mi casa, de madrugada. Me resistí. Soñé que lo perdía todo. Que una espesa niebla me envolvía y a tientas mis manos tocaban el vacío helado.

Desperté tendido en una cuneta, sin entender por qué había despertado, y allí, a la luz del alba, vi el rostro del hombre que me salvó. Y no me refiero únicamente a una salvación física: acostumbrado por mi anterior oficio a un continuo desprecio, hallé en esta persona de naturaleza bondadosa, aunque firme carácter, una especie de figura paterna. Sully,

pues ese es su nombre, me acogió en lo más alto de su singular residencia: la biblioteca de una pequeña ciudad; un edificio del siglo XIX, de largos pasillos y amplios ventanales, por cuyas salas flotaba un agradable olor a cuero y a papel antiguo. En la planta superior, cerrada al público, había cuatro puertas que guardaban el archivo documental, el dormitorio de Sully, una cocina habilitada en lo que antes fue un almacén y un baño. Más arriba estaba mi refugio, la buhardilla, a la que se accedía por una estrecha escalera desplegada desde el techo. Era una estancia lo suficientemente grande para albergar una chimenea, un par de sillones, una mesa y una cama. También disponía de un televisor, un reproductor de DVD y un equipo de música, que descansaba en el suelo, junto a una torre inestable de discos.

En ese viejo edificio aprendí conceptos que ni siquiera sabía que existían. Algunas veces busqué las respuestas en las palabras de Sully; otras, en la música, en las imágenes o en las estanterías de la biblioteca. Y tal conocimiento, además de elevar mi perspectiva, apaciguó mi furia.

Tiempo más tarde, repuesto de parte de mis heridas, me despedí del hombre sabio y emprendí un viaje tenebroso. No sé por qué lo hice; tal vez fue la culpa. Luchaba contra ella a cada paso. Y casi había conseguido contenerla cuando volví a cruzarme con el desafío de elegir. Yo querría haber enterrado los recuerdos lo más hondo posible y que de ellos solo quedara el recuerdo de haberlos enterrado. Pero el pasado es para siempre.

En cualquier caso, no importa quién soy yo ni de dónde vengo. Lo que importa es que estoy aquí, por fin, en lo que llamo *La Nueva Dimensión*. Todo cobra sentido en esta llanura

solitaria. Mi cuerpo y mi mente viajan en el mismo tren. Observo la aguja del reloj y no corro para huir del tiempo.

Sin duda, ha sido la virtud del destino la que me ha traído hasta este lugar. ¿Quién me iba a decir que terminaría poniendo gasolina en un rectángulo de cemento clavado en la tierra de Utah? Pues eso ha sucedido. Leí el anuncio en un periódico abandonado sobre la mesa de una cafetería, hartos ya mis pies de recorrer tantos kilómetros. Y, simplemente, supe que sería yo.

Atrás dejé el oxígeno negro de la ciudad, las órdenes, los gritos. Escapé de mi prisión, me transformé, comencé una historia verdadera. Ahora me siento como un caballero medieval que descansa sin el peso de su armadura. *La Nueva Dimensión* eleva mi espíritu al cielo. Y como un pájaro distingo mi paraíso entre los campos de arbustos.

No se trata de un trabajo sencillo, aunque pueda parecer lo contrario. Hay que ser metódico y disciplinado para sacar adelante los objetivos apuntados en la libreta. Cada vez que acabo una tarea tengo que firmar en su recuadro correspondiente y anotar la fecha y la hora. Yo soy el único empleado, así que me toca recibir los pedidos de las furgonetas de reparto, ayudar a descargar los camiones cisterna, limpiar la tienda, revisar las máquinas de inflado y hacer caja al final de la jornada.

El dueño de la gasolinera viene una vez por semana. Se llama Kenneth. Es un hombre serio pero agradable. Creo que está contento con mi trabajo porque desde que me contrató, hace diez meses, nunca se ha quejado. Aparece sin avisar, normalmente por la mañana, y se queda unos veinte minutos. Revisa la libreta, echa un ojo aquí y allá, comenta asuntos sin

importancia. Luego recoge las facturas y la recaudación y se marcha. Tiene otras gasolineras que atender, lejos de aquí.

Mi turno empieza a las siete de la mañana y acaba a las once de la noche. Dispongo de un día libre a la semana, pero con frecuencia lo paso en la cabaña, leyendo libros o escuchando música. El sueldo es decente, aunque eso, la verdad, es lo de menos.

Cuando puedo y el tiempo acompaña me gusta almorzar bajo el sol. Saco entonces la mecedora plegable que guardo bajo el mostrador y la abro en la tierra árida. Pienso en las montañas heladas en las que me crié, en si podría cansarme de este reino, mientras me balanceo como el sheriff de una vieja película del oeste, con un bocadillo en una mano y una botella en la otra.

Al anochecer salgo a dar un paseo. Dejo atrás los surtidores y la corteza de cemento. Se desvanece el olor a combustible y cambia el ruido de mis pasos al llegar a la carretera rota que conduce a la autopista. Con las manos en los bolsillos, me detengo junto a los matorrales. El viento se encariña conmigo y al primer bostezo se apaga el día. Veo algunas luces a lo lejos. Destellos blancos y rojos que van y vienen. La autopista lleva a otros mundos, a todos los mundos que no son este.

Pero este es el mío.

En realidad, aquí tengo más de lo que necesito. La cabaña que hay detrás de la tienda está amueblada con una cama, una mesita de noche que sostiene una lámpara, un sillón cargado de libros y un armario. También hay un pequeño aseo con un espejo, un inodoro y un plato de ducha.

Aún no duermo bien. Por las noches, mi mente sigue yendo muy deprisa. Sully decía que la vida es un ejercicio de control y que cuando el control se pierde hay que actuar como un

tenista experimentado: pedir la toalla y respirar hondo, porque la ansiedad hace perder los partidos importantes.

Según él, el tiempo es un tren cuya velocidad cambia constantemente. A veces fluye al compás del pensamiento; otras, acelera las acciones y las consume, provocando un desequilibrio del que resulta imposible salir.

A menos que un gesto incierto sincronice todos los relojes.

«Aunque languidezcas en una estación oscura y decrepita, espera tu momento. Llegará».

Pero algunos trenes no pasan. Pasan los recuerdos. Y golpean como el trueno.

Últimamente me acuesto en el armario. No es que desprecie la cama, pero desde hace algún tiempo solo me tumbo en el colchón cuando quiero leer. Para dormir, o al menos intentarlo, prefiero el suelo enmoquetado de un refugio más íntimo. Cada mañana un rayo de sol se cuele por la rendija que dejo abierta. Entonces deslizo la puerta corredera y dejo que el calor me caldee las mejillas. Y así permanezco, la cabeza apoyada en un cojín, escuchando mi respiración, observando en el aire las partículas de polvo, hasta que se aproxima el momento de abrir la gasolinera.

Me aseo en pocos minutos, saco el mono de trabajo y me lo enfundo. Antes de salir de la cabaña contemplo el amanecer silencioso a través de la ventana. Veo en primer término el huerto y al levantar la mirada se pierden mis ojos en el páramo solitario. La voz interior susurra un fragmento de *El Principito*: «Lo que embellece al desierto es que en alguna parte esconde un pozo de agua».

Luego camino hacia la tienda. Llego en segundos. Saco las llaves, entro, pulso los interruptores. Las lámparas del techo zumban y en los estantes brillan las chokolatinas envueltas en papel de plata. Me siento en mi silla de vinilo, detrás del mostrador. Comienza un nuevo día. El mismo día.

Enseguida aparecen las primeras furgonetas de reparto. Traen periódicos, refrescos, bolsas de patatas fritas. Firmo docenas de albaranes. Repongo las estanterías y friego los aseos de los clientes, que están en el exterior, junto a los surtidores. Si se presenta algún vehículo dejo mi tarea y voy a atenderlo. Las visitas son variadas: viajantes comerciales, autobuses de turistas que se dirigen al Moab; viajeros entusiasmados que van a Las Vegas, viajeros resacosos que vuelven de Las Vegas. Nómadas como yo.

Resulta difícil de creer, pero lo más interesante que puede encontrarse por esta zona es una cabina telefónica. No se trata de una cabina cualquiera: está ubicada en pleno desierto, al pie de una colina que se yergue sobre una inmensidad de arena y roca. Se colocó allí en los años cincuenta para ofrecer servicio a los trabajadores de una mina de cenizas volcánicas que cerró poco después. Sin embargo, por alguna razón, la cabina continúa funcionando. De hecho, de vez en cuando un operario de la compañía va a revisarla. No es posible hacer llamadas, pero sí recibirlas.

Un día alguien la descubrió y se corrió la voz. Empezaron a llegar los curiosos, al principio, no muchos; más tarde, cientos. Venían de todas partes para hacerse una foto junto a ella. Se convirtió en una leyenda, en un lugar de peregrinación; se

formaban colas para entrar. La gente acampaba por las noches con la esperanza de que sonara el timbre del teléfono. Los conductores de los camiones de abastecimiento me dijeron que en el viejo camino de la mina se levantaba una nube de polvo que duraba horas. Lo veían a diario desde la gasolinera. Un coche tras otro.

Hace tiempo que no viene nadie. Las modas pasan. Los extraños que antes peregrinaban al desierto adoran símbolos que ya no pueden tocar, en televisión o en internet. Las colas son virtuales.

Además, desde que se incorporaron nuevas variantes a la autopista, a finales de los noventa, la cabina no queda tan aislada, lo que ha devaluado su encanto. Se encuentra a unos ocho kilómetros al norte.

Yo he estado una vez. Permanecí varios minutos esperando. El teléfono no sonó.

Cuento todas estas anécdotas animado por la tranquilidad que me transmite *La Nueva Dimensión*. Me he dado cuenta de que escribir es lo que necesitaba. No sabía lo que buscaba cuando comencé a vagar por tantos caminos. Y, de repente, aquí estoy, observando desde la ventana de la tienda cómo se marcha el último cliente; deseando que se meta en el coche y desaparezca para volver a bucear entre palabras. Al principio se trataba de simples anotaciones, de ideas que apuntaba sin un propósito concreto, pero poco a poco la escritura se ha ido apoderando de mí. Por fin me encuentro preparado para poner en práctica todo lo que aprendí. Tuve un buen maestro, mal haría en no aprovechar sus enseñanzas. Además, esta tierra,

aunque solitaria, me surte con frecuencia de experiencias que resulta imposible ignorar.

No me siento solo. Hubo un tiempo en que temí convertirme en un hombre de mirada triste y no recordar del pasado más que los días lluviosos. Ahora sonrío con tales pensamientos. Asumo que del fuego siempre quedan cenizas y que he de respirar con ellas. Nada más. Bien es cierto que me molesta el pitido agudo del silencio, pero lo que oigo es el rumor del tráfico y el susurro del campo. ¡Ese es el ruido de *La Nueva Dimensión!*

He salido a dar una vuelta. Camino por el campo y filmo el paisaje con la luz anaranjada del atardecer. Mi cámara son mis ojos.

Me detengo en el borde de la llanura. Vuelvo la cabeza. Contemplo a lo lejos los letreros luminosos de la gasolinera.

No me siento solo, sino exultante.

II

«No entres dócilmente en esa buena noche.
Enfurécete, enfurécete ante la muerte de la luz».

DYLAN THOMAS

Esta mañana me ha sucedido algo desagradable. Iba conduciendo por la autopista, de camino a Townsend, a donde me dirigía a comprar flores, cuando he visto por el retrovisor que otro coche se acercaba por detrás y se colocaba a escasos centímetros del mío, como si quisiera desafiarme. Al cabo de un rato, quizá porque no he seguido su juego, me ha adelantado y ha aminorado la velocidad, lo cual me ha obligado a frenar bruscamente. Era un deportivo rojo ocupado por dos hombres. Veía la sonrisa del conductor reflejada en su espejo; giraba la cabeza, sacaba la lengua, los dos vomitaban carcajadas. Yo sé cómo son esos tipos. Es mejor evitarlos. Se cruzan en tu camino y son capaces de amargarte el día, o algo peor, así que he agarrado el volante con fuerza y he tratado de mantenerme tranquilo. Tenía los ojos cegados de ideas, pero mi coche es viejo y poco potente; no podía hacer gran cosa. El provocador ha estado divirtiéndose con sus maniobras durante varios minutos. Al final he tenido suerte y me he librado de él cogiendo un desvío. He tenido que dar un rodeo para llegar a Townsend, pero creo que he tomado la decisión correcta.

Más tarde, ya en la gasolinera, seguía pensando en el incidente. Probablemente, si fumara, habría sacado un paquete de cigarrillos y encendido uno con manos temblorosas. Y si bebiese, me habría servido una copa bien cargada. Pero no quiero que nada traicione mi orden. De manera que, aunque era mi día libre, he abierto la tienda, he puesto las flores sobre el mostrador en un jarrón con agua y me he dedicado a dar paseos y a comer chokolatinas.

Hay gente que ha nacido para la batalla. No vale para otra cosa, por mucho empeño que ponga, si es que alguna vez lo pone. No merece la pena darle más vueltas. Estoy seguro de que he hecho lo correcto.

Está a punto de oscurecer. Viajo en el tiempo y oigo a Sully. Recita versos de Dylan Thomas: «No entres dócilmente en esa buena noche. Enfurécete, enfurécete ante la muerte de la luz».

Al menos, dentro de los límites de *La Nueva Dimensión*, me siento a salvo.